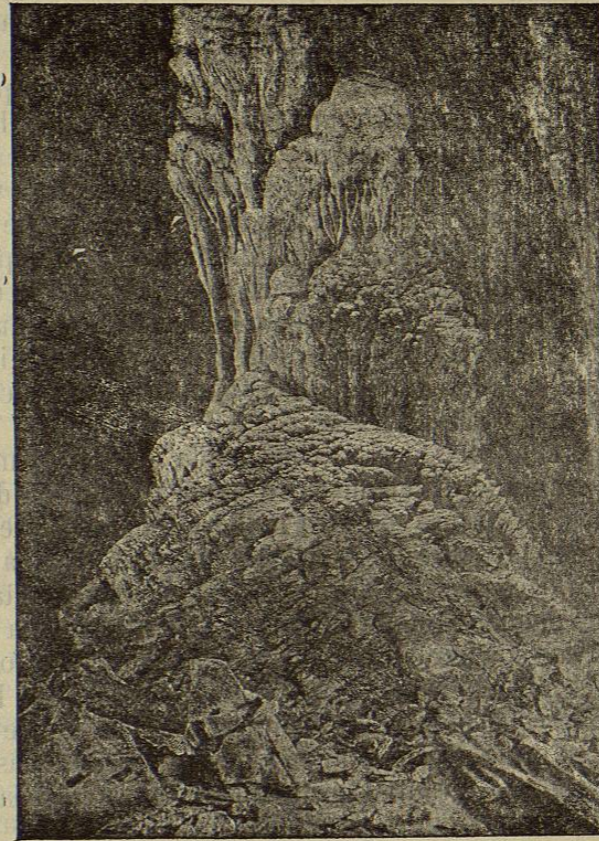


nuestra visita por este salón dividido en dos partes de iguales proporciones: 50 metros de largo, 26 de ancho y 40 de altura próximamente por cada una. La primera parte del salón camina directamente al Este y desde luego tropieza la vista al entrar con una gran peña que en tiempos muy remotos se desprendió de la bóveda dejando un vacío que se mira con recelo; después, muy cerca del fondo, se ve su parte alta adornada con varias estalactitas y su suelo ostenta algunos ornamentos que tienen la forma de fumiferos y por eso se da al salón el nombre de Pebeteros.

La segunda sección camina al Norte, y se distingue por su mayor ornamentación; vense columnas ascendentes y descendentes artísticamente cinceladas y grandes cortinajes, artesonados, capiteles etc, que le dan el aspecto no se sabe si de inmensas decoraciones teatrales, de un pomposo y profuso decorado de una regia festividad antigua ó de un riquísimo templo revestido de múltiples encajes. Al fin de la segunda parte tuerce el salón al Oeste y camina aún cernidiezmetros formando al todo un apéndice que se desea a salvar para penetrar á las ignoradas galerías que la imaginación hace suponer han de seguir hasta desembocar al río. De allí regresamos para entrar al Salón del Pabellón, al que se penetra, como te dije antes, por una corta rampa que cuando las aguas caían por ella, así cubierta como está por una bóveda algo arqueada y cóncava, debió ofrecer un precioso golpe de vista. Este saloncito comparado con los demás es de cortas dimensiones, pero su forma rigurosamente redonda le da elegancia y cuadra perfectamente con el nombre de Pabellón que le han dado; tiene á su izquierda una roca cortada verticalmente y como de diez metros de profundidad que da al Salón del Monje y llaman Roca Tarpeya.

Salíamos del Pabellón para entrar al Salón del Monje cuando nos detuvo el Director mientras encendían las lámparas, y en seguida entramos. ¡Que efecto tan bello y extraño nos produjo aquella súbita aparición! de pronto creí que habíamos penetrado á un templo más vasto de cuantos he visitado hasta ahora. Al frente, en las estalác-



ESTALACMITA DEL MONJE.

mitas que separan este salón del de la Dama Blanca, vi un altar mayor con su púlpito á la izquierda delineado por una estalactita circular que sobresale de la pared; y casi al frente, es decir, inmediatamente arriba y al costado derecho de la entrada del salón, divisé allá en lo alto como el coro colocado sobre la vertiente que antes te he mencionado, y que forma parte del inmediato salón del Pabellón. Luego fijándome en el centro creí ver algo parecido á un

monumento, y acercándome pude contemplar la fantástica estalácmite llamada el monje que dá nombre al salón, ó mejor dicho, vi en aquello á un centinela en actitud de vigilar la conservación de aquel recinto. Después, poco á poco y á medida que mi retina se acostumbraba á la luz artificial, distinguí el hermoso cortinaje que adorna la entrada del salón y á su izquierda esbeltas columnas y varios bordados tejidos con finísima filigrana tras de las que parecía ocultarse un Bautisterio; por último, al contemplar la parte alta del edificio, no pude menos de advertir en las bóvedas lo mismo que en las paredes las blanquísimas estalactitas en forma de capelos, cornizas y molduras indefinibles que las adornan dando al conjunto la apariencia de una nave majestuosa.

Apenas dejé tras de mí la estalácmite del Monje, me llené de asombro al distinguir entre aquella profusión de estalácmite, las formas de una mujer que parecía de lejos espiarlo de pié, sobre un pedestal y envuelta en una túnica blanca; hacen corona á esta misteriosa estalácmite dos columnas diamétralmente opuestas y enfrente la una de la otra con los colaterales del Salón del Monje, que forman parte del mismo salón al que dan el nombre de Dama Blanca. Las estalácmite, además de ser elegantes y de fascinar con su brillo, tienen proporciones tan gigantescas que desde el suelo se levantan hasta unirse con las bóvedas, como si quisieran servirles de sostén.

Como parte de este salón, se da casi la vuelta entera á una nivea columna para entrar al llamado Vestíbulo de la Dama Blanca, formado por el hueco de una estalácmite salpicada de chispas brillantes, y luego, siguiendo el mismo camino se sube y se entra á un saloncito llamado Retiro de las Hadas. Este, que ocupa la parte más alta del salón, es un cielo de hermosura; su color es de un dorado pálido y todas las estalácmite que lo circundan, juntamente con el piso y su bóveda, brillan como si fueran salpicadas de diamantes microscópicos. Su forma gótica, como lo es en general la de toda la Gruta, le da un aspecto seductor; y fijándose detenidamente en su estructura se descubren

las adherencias que han tenido entre sí las muchas estaláctitas desde su principio á medida que han ido ensanchándose, para con el transcurso de los siglos formar un sólo cuerpo imitando en su formación bastante bien á un plantío de plátanos, en disposición circular, que al crecer se hayan adherido y dejen colgar una que otra hoja que tratándose de estalácmite, cuando se golpean con un cuerpo duro dan sonidos metálicos y diatónicos, según el grueso que tienen, y como si fueran de bronce. A la derecha del saloncito hay una hendidura inclinada por la que se baja al Salón de la Silla de la Virgen; este departamento es el mayor de la Gruta y tiene como ochenta metros de largo por cincuenta de ancho y 40 de altura; su configuración es casi redonda y cerca del centro, ostenta una preciosa estalácmite tan bien cincelada y brillante como las estalactitas que adornan las paredes y las bóvedas de todo el salón.

No puedo obligarte, amiga mía, á que fijes tu atención en todas las estalácmite y estalactitas que hay aquí porque, además que eso demandaría mucho tiempo, equivaldría á cansarte demasiado; y por lo mismo me limitaré á decirte que de todos estos modelos de arte divino, hay uno sobresaliente por su magnitud y por su artística postura que produce en el ánimo una sorpresa indefinible: ello es la cima de las estalácmite que dividen este salón del de la Dama Blanca, cuyas cúspides que se apoyan en la bóveda, vistas desde allí son de un efecto grandioso.

De la Silla de la Virgen se pasa al Retrete, último saloncito de esta célebre Gruta. Tiene el Retrete la forma de una concha medio alzada por su lado anterior y aterrada por el lado posterior que es la parte baja y el final de la Gruta, y deja suponer allí la posibilidad de poder abrir una comunicación con las galerías que tal vez sigan hacia el río y se remonten hasta la Caverna.

En el Retrete no hay más que rudimentos de estalactitas; sus bóvedas son bajas y quizá por eso muchísimos excursionistas las han escogido para estampar allí sus nombres; y lo han hecho con tal profusión que en ese lugar

bóvedas y paredes están llenas de inscripciones. Es como un recuerdo que de su visita dejan los turistas, y como la bienvenida que entre ellos se dan, para de ese modo colectivamente identificarse en la contemplación de aquel santuario de la naturaleza.

*
**

Al día siguiente, después del desayuno, tomamos el mismo camino que ya conoces, y allí donde se ramifica en dos, seguimos el del frente que conduce á las Bocas y á la Caverna respectivamente, siguiendo un tajo hecho con fondos federales en 1887 cuando el Sr. Gral. Porfirio Díaz la visitó. Ese camino es ancho, y además de los carruajes que en aquel año llevaron al Señor Presidente, el Concesionario de las Grutas, después de componerlo en el año de 1896, lo recorrió con diligencias de nueve asientos; y en este mismo año estarían transitándolo en coche los excursionistas si, como te dije, no se hubiera cerrado impidiendo de ese modo el paso por él á los numerosísimos mexicanos y extranjeros que van á ese lugar con objeto de contemplar una de las mayores maravillas que existen en el mundo.

A poco andar llegamos á la orilla de una barranquita en donde nos apeamos, y tomando una vereda angosta que camina á la izquierda de la barranca, comenzamos á bajar por una pendiente muy inclinada hasta llegar á un punto que llaman Salto de Clelia: es la garganta de dos cerros opuestos cortada perpendicularmente sobre un precipicio que tiene 150 metros de profundidad y que durante el temporal de aguas forma una poderosa cascada. Seguimos nuestra marcha pasando á la pendiente contraria y á los pocos pasos oímos primeramente el rumor de las corrientes, y luego vimos al Este, y al pié de otro cerro, como un antro muy espacioso y oscuro de cuyo fondo desembocaba un río para juntarse con otro que procedía del lado Sur: era una de las Bocas á la que, con pesar mío, no pude bajar debido á la excesiva escabrosidad de la vereda. Mas, aun cuando no me fué dado acercarme para ver la semejanza de esa Boca con la que me aguardaba á cien metros de distancia, no por eso contemplé menos á ese

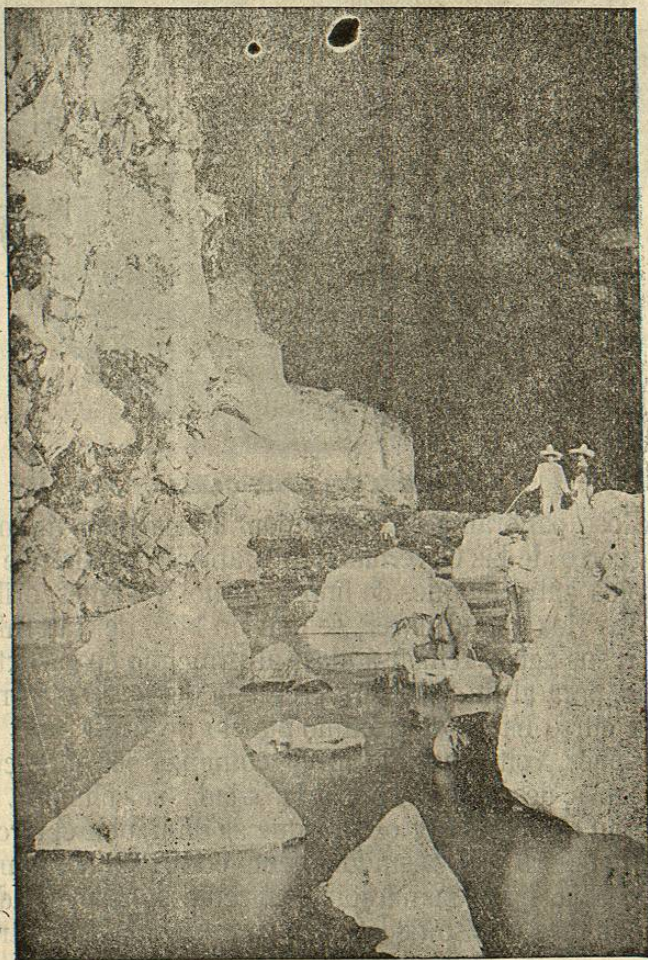


PASO DEL SALTO DE CLELIA.

grandioso panorama formado por la ensenada del memorable cerro de las Cavernas que al abrirse en alas, se lleva allá lejos entre bloques de fino mármol y verdes orillas á esos dos rios que al nacer, se dan un beso de fraternidad y juntan sus aguas remansándose al principio en las extensas playas, para al fin á manera de estela fosforescente enderezar su curso hacia el próximo pueblo de Amacuzac.

Después, volteamos al Sur y comenzamos á descender al río; más, desde que se inicia la bajada, se columbra como una gran curva vana y oscura que se dibuja en el tercio inferior del cerro y se va gradualmente ensanchando á medida que se baja, hasta manifestarse en toda su grandiosidad apenas se toca el piso de la monstruosa Boca. Luego, tras de una rica vegetación, que se abriga debajo de la gran bóveda, divisamos á la izquierda la superficie del río creparse lige-

ramente al chocar contra las peñas que refrenan su corriente antes que llegue á teñirse en los rayos del sol; y á la derecha vimos gigantescos bloques de mármol superpuestos y en terrible confusión formando escalones que, no obstante su irregularidad, permiten en varias partes trepar hasta la sumidad de esa singular montaña que con sus sombras oscurece el fondo de aquel espacio desconocido, de donde se



BOCA, Y GIGANTESCOS BLOQUES DE MÁRMOL EN EL RÍO DE CHONTALCUATLÁN.

precipitan las aguas con sonora impetuosidad como buscando la luz del día.

La gran Boca mira al Norte y forma un Arco que tiene aproximativamente 200 metros de alto por 70 de ancho; su longitud calculada entre el Arco de salida y el Resumidero, que distan el uno del otro como cuatro leguas, es incalculable si se tiene en consideración las inmensas curvas que forma y los continuos zig-zag dentro de los que se retuercen las corrientes del río. La parte accesible del cañón conserva las mismas proporciones del Arco y se reduce á poco más de cien metros en línea recta; á esa profundidad tuerce la galería al Este formando un ángulo agudo y, las corrientes del río que avanzan hasta tocar el costado derecho de la pared para volver al izquierdo, describiendo una gran curva, impiden el paso á los turistas. Las inspecciones hechas hasta hoy al través de ese gigantesco túnel han demostrado la existencia de vastos ensanchamientos en forma de extensos salones adornados de estalactitas y estalácmilas; y que, á pesar de su aproximación á los de la otra Boca, que tiene el Arco menos espacioso y dista de aquel apenas 200 metros, no se ha notado en ningún punto del largo trayecto que se toquen ni se comuniquen. En ambas se halla el suelo cubierto con bloques de mármol de varias colores capaces de una explotación muy lucrativa, y la lineal disposición de los que están á la entrada del Arco mayor, cortando á manera de dique la corriente, forma una esclusa bastante amplia para convertirse con poco costo en vivero y explotar con buen éxito la trucha y el bagre abundantísimos en esas aguas. Desde la parte superior de las paredes hasta el centro de las bóvedas, cuelgan de trecho en trecho estalacticas de cortas proporciones, y la marmórea techumbre se vé como si en aquel cerro de puro mármol se hubieran hecho las galerías vaciándolas de una sola pieza; esta circunstancia explica la presencia de los bloques que obstruyen gran parte del cañón y recuerda las peñas del salón del Chivo con las que parecen tener el mismo origen.

En todo ese departamento se respira una fresca brisa

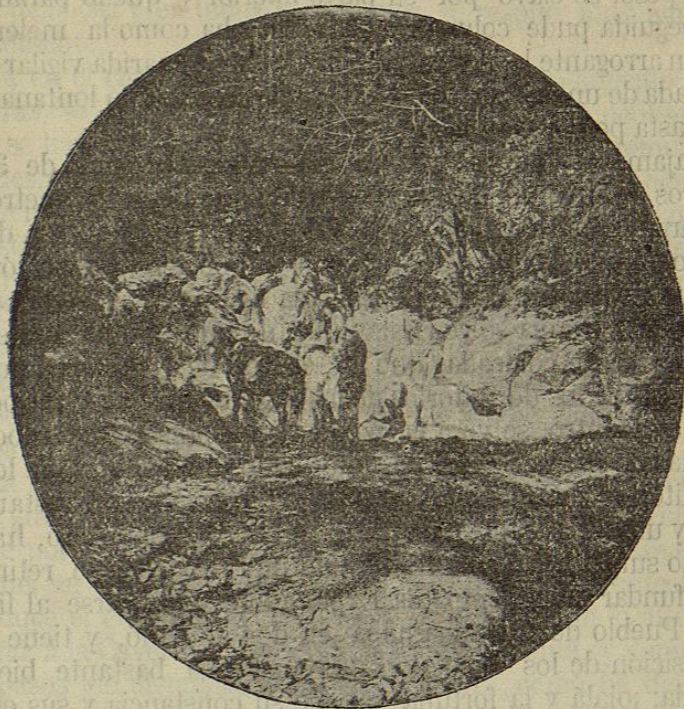
que parece traída por la corriente desde las profundas galerías para soláz de los excursionistas, y el imponente aspecto de aquel solitario fenómeno que aumentan los atractivos de su incommensurable magnitud juntamente con el capricho geológico que ha seguido en su formación al dividirse sin alternativas exactamente en dos, le presta la prodigiosa singularidad de no haber hecho Dios cosa parecida en otra parte.

Con la seguridad que en lo sucesivo nada produciría en nosotros una impresión tan vivamente honda como las Bocas, abandonamos ese delicioso lugar y subimos hasta llegar á una pequeña ensenada que forma la barranca un poco más arriba del Salto de Clelia, en la que salta un riachuelo cuyas aguas remansándose entre peñas, forman estanques sombreados por espesas arboledas que excitan á bañarse; allí reposamos un momento debajo de un frondoso anóno, y en seguida comenzamos nuevamente á subir por una corta vereda que conduce á la Caverna.

**

¡La Caverna! ¿A qué manantial fecundo de inspiración acudiré para apagar la sed que me devora de describirtela tal cual es? en estos instantes que la atravieso con el pensamiento, no puedo menos de suspirar al ver salón por salón desprovistos de su hermosura; ¿porqué no surgen en mi mente aquellas esculturas fantásticas y aquellas pirámides con la misma vida que las contemple? ¡Ah! tu lo sabes: como yo, sin duda has visto también sucumbir los cuadros más seductores bajo el cruel puñal de una memoria frágil; pero, ven conmigo, quiere mostrarte aunque confusamente los detalles de que me acuerdo.

Al terminar la mencionada vereda nos vimos de improviso frente á un inmenso vacío cuyas dilatadas proporciones que allá en declive van estinguiéndose entre las sombras, detuvo nuestros pasos. De pronto solo vimos aquel vacío que suspendiendo con su magnética atracción el vuelo de nuestras ideas, cortó en nuestros labios un «¡Ah!» que significaba tanto la sorpresa, como una natural repul-

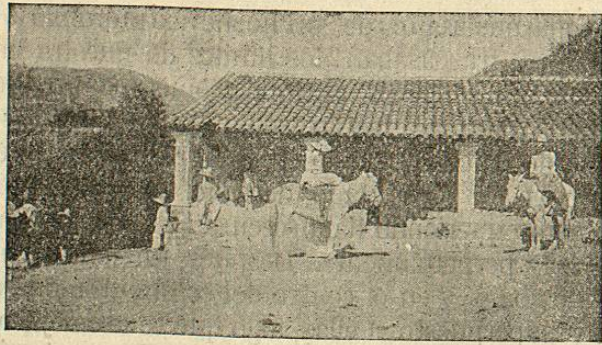


CASCADA Y BAÑO DE LA GRAN CAVERNA.

sión al hallarnos frente de un hecho extraordinario cuyas proporciones traspasaban los límites de nuestra imaginación; pero, transcurridos algunos momentos me fijé en el arco que dá entrada á la Caverna y tiene 21 metros de alto por 24 de ancho y, como en el Abra y en las grutas, ví que se abriga en su costado derecho un árbol corpulento y verde como queriendo dar frescura al inmediato aposento que vigila perpetuamente. Después fuí lentamente distinguiendo abajo y en el centro del salón, un montecillo de piedras y superpuesto á ellas, algo que se asemejaba á una cruz. A la izquierda y en el fondo, donde comienza á estenderse la obscuridad, divisé una columna doblada en su parte superior hasta apoyarse á la pared de la izquierda, de la que parecían avanzar corruices que iban adelgazándose concluyendo por dejar caer un fragmento que en atención

á su peso, se clavó por su parte inferior y quedó parado. En seguida pude columbrar á la derecha como la melena de un arrogante león que parecía desde su guarida vigilar la entrada de un antro extenso que se prolongaba en lontananza hasta perderse en las tinieblas.

Bajamos al fin por una rampa en zig-zag, como de 30 metros de longitud, al centro del salón que tiene 127 metros de largo por 71 de ancho y 64 de alto y que se llama del Chivo porque á la izquierda, y en el último tercio del salón, hay una estalacmita que remeda esa figura de la raza lanar. Al bajar la rampa se ven estaquitas de uno y otro lado simétricamente colocadas que en el año de 1896 sirvieron para dividir los dormitorios de los excursionistas, y un poco más adentro, se vé á la izquierda un brasero con doce ornillas de fierro. Se nos ha informado que además de los dormitorios el Concesionario puso en ese salón un restaurant y un billar y que á causa de estar en despoblado, habiendo surgido dificultades que no pudo vencer, se retiró para fundar una Compañía Explotadora y radicarse al fin en el Pueblo de Cacahuamilpa en donde abrió, y tiene á disposición de los excursionistas una casa bastante bien servida; ¡ojalá y la fortuna premie su constancia y sus esfuerzos!



HOTEL DE LA COMPAÑIA EXPLOTADORA DE LAS GRUTAS.

Antes de olvidarlo, te diré que, aun cuando el nivel de la Caverna es 200 metros más bajo que el del Pueblo de Cacahuamilpa, tienen todas las galerías una tempera-

tura deliciosa y en todos los salones se respira muy agradablemente.

Ya en el centro del salón advertí que el montecillo de piedras se habia tornado en una eminencia de peñascos que se han desprendido de la techumbre desde remotas edades, dejando en ella una espaciosa oquedad que, cuando se mira juntamente con las grandes cuarteaduras que la están al lado, se teme ver desprenderse de un momento á otro gran parte de la bóveda; más, las robustas estalacmitas erguidas sobre aquellas mismas peñas, atestiguando los muchísimos siglos que han transcurrido de aquella catástrofe acá sin que las conmociones del planeta hayan producido en tan larga época ningún derrumbe, alejan todo recelo.

La estalacmita que llaman Camello, y que se parece á una girafa, se halla inmediatamente detrás de las peñas y tiene por base algunas de esas mismas piedras; su cima es la que, en oposición con la parte superior del montecillo produce el efecto de una cruz que se mira desde lo alto al entrar á la Caverna. Detrás de esta estalacmita, y como á 50 pasos de distancia, se ve la que imita, como he dicho, un gigantesco león con su cabeza alta y melnuda en actitud de expiar al salón; y á su izquierda, después del vano que dá entrada al salón de las Fuentes, está el arco hecho por una estalacmita que completa la línea divisoria de los dos salones y se alarga hasta apoyarse en las paredes del costado izquierdo dejando un hueco que forma como una puerta escusada y termina en gruesos hilos que caen á manera de grandes é iniguales cortinajes; luego, más acá del Arco y cerca de la del Chivo, se sigue otra estalacmita que tiene la forma de un cono y se parece á un bastón gigantesco. Estas estalacmitas y las muchas otras que contiene el salón, están todas primorosamente cinceladas y podrían figurar como verdaderos modelos de arte en cualquiera de las grandes ciudades de Europa; pero, por ser innumerables las que se ven en cada uno de los salones, en lo sucesivo solo te mencionaré las más notables; por lo mismo, te ruego renuncies á tener de mí una copia exacta de lo que